

P07297

23

Q4

BIBLIOTECA DE EL UNIVERSAL

QUERENS

NOVELA ORIGINAL

DE

PEDRO CASTAÑA



RIGARDO COVARRUBIAS

82228

82228

...impulsos magnéticos y traspasando al ser...
que al contemplar mediana en aquellos m...
de los indefinibles esplendores. El agua en sus
pena que impregnaba la atmósfera des...
componía las vibraciones de los ruidos de la
nos en prismas imperceptibles que traspasaba
ban los átomos en astros y los siglos en un
cristal que travesó la transparencia azulada del
rajo y la limpidez y pureza del diamante.
Darse que la claridad estaba encerrada en las
claridad del día. Era el día en efecto, pero en
día universal. Las noches de la vida, también
como nuestras noches tropicales, esa purpura
ese infuso, esa esplendor de la luz se encogió.
de América. Las estrellas parecían arrojadas

El crepúsculo había sido lluvioso. La at-
mósfera estaba como purificada por las corrien-
tes eléctricas y el cielo, gris perla durante la
tarde, había pasado al azul-pálido primero y á
seguida, á un profundo color azul turquí. Las
estrellas brillaban silenciosas como vistas al
través de inmensa lente. Hubiérase dicho el
relampaguear de los soles en los senos profun-
dos de la extensión. Se veían también imagi-
nariamente las órbitas de los astros, como si
estuviesen formadas de cristal luminoso. Ele-
vábase el alma á confundirse con aquellas ra-
diaciones lejanas, y el espíritu quería despren-
derse para enseñorearse de la creación. Algo
de ese pensamiento infinito que la anima, se

imponía magestuosa y tranquilamente, al ser que al contemplar meditaba en aquellos mudos é indefinibles esplendores. El agua en suspensión que impregnaba la atmósfera, descomponía las vibraciones de los mundos lejanos en prismas imperceptibles que trasformaban los átomos en astros y los cielos en un cristal que tuviese la transparencia azulada del zafiro y la limpidez y pureza del diamante. Diríase que la claridad estelar superaba á la claridad del día. Era el día en efecto, pero el día universal. Las noches de la India, tienen como nuestras noches tropicales, esa pompa, ese lujo, esa esplendidez de la que se enorgullece América. Las estrellas parecían aumentar en tamaño, dilatarse y crecer aproximándose. A veces, en nuestras selvas vírgenes, los pájaros saludan con sus melodiosos trinos, á esas noches en las que las miradas de los astros los engañan imitando la naciente claridad del alba. Venus como Sirio producen tanta luz que generan sombra. Las constelaciones como las nebulosas, cambian caprichosamente en los espacios, dejando en ellos como los cometas, una especie de cauda lumínica. La huella del brillante sobre el vidrio ó el cristal, copia débilmente la traza que sobre las turquezas siderales dibujan esas aglomeraciones cósmicas que como la más rica pedrería, encierran en sí todos los colores del iris. Diamante millonario en fa-

etas, la noche centellaba. En el océano estelar se movían gigantescas oleadas de soles. Goethe, define á la Naturaleza como un monstruo que se agita devorandolo todo; ese monstruo que devora, crea y la noche es creadora. La vida de los astros solo es perceptible durante la noche. Victor Hugo explica el día como la aproximación de una estrella. ¿Qué otra cosa es la noche, en efecto, mas que la radiación de las estrellas en la extensión universal? Ante ese misterio soberano, siempre nuevo y siempre espléndido, siempre inexplicado é indefinible, el alma se abstrae y medita.

La meditación es el esfuerzo del alma para analizar y profundizar las ideas.

Las ideas se producen en el cerebro por sensaciones externas ó internas. Los cuadros de la naturaleza, vistos ó contemplados, se reproducen en la memoria, se perfilan, se dibujan y se acentúan, con mayor ó menor riqueza de colorido según la fuerza de la imaginación que los ha copiado. La voluntad, por medio de la memoria, evoca las sensaciones y éstas engendran las ideas. Pensar, es de todos los actos, el más grandioso de la voluntad humana. La razón sirve para comparar, elegir y valorizar las ideas, pero éstas, no pueden producirse en el cerebro sino pasando antes, como dijo Aristóteles, por el dominio de los sentidos.

Las ideas innatas, es decir, el pensamiento

5 UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

increado, coetaneo del espíritu, es la facultad del génio. El génio crea hasta inconscientemente. El estado de inspiración es un trabajo del cerebro con independencia absoluta de la voluntad. Lo uno no excluye lo otro. Entre ambos estados existe lo que algunos llaman extravagantes.

Esa noche, contra mi costumbre, meditaba, recordando ciertos rasgos de la existencia, de uno de esos séres.

En la vida intelectual, la conciencia es la brújula de la razón. En el océano del alma, las pasiones son sus tempestades. Confrontar la conciencia con el cielo, reflejar el firmamento de las ideas, sobre el firmamento de las estrellas y absorber las fuerzas de la Naturaleza, para utilizarlas en provecho del engrandecimiento del espíritu, tal debe ser el esfuerzo de todo pensador.

El pensamiento es en los séres, un fenómeno psíquico, tan natural como el fenómeno físico de la radiación en los astros.

Solamente que la radiación es limitada y el pensamiento nó. La radiación se extiende á determinada distancia y el pensamiento lo abarca todo. El pensamiento es infinito porque contiene á éste en sí mismo. La facultad de pensar es como si dijéramos la dilatación ó la expansión del alma. La escuela materialista sostiene que el pensamiento es una secre-

ción del cerebro, como la bilis es una secreción del hígado. Tanto más valdría que compárasen, como lo hacemos, el efecto que el calórico produce en los cuerpos, es decir, su aumento de volumen, con el esfuerzo que la voluntad imprime al cerebro para pensar. Suprimid la voluntad y está suprimido todo. La voluntad es la reina soberana de todas las fuerzas. Dios es la voluntad radiante en la creación.

El capricho de un doctor curándome males imaginarios como todos los que he padecido en mi existencia, había causado mi radicación por corto tiempo en la pintoresca ciudad de Tlalpam. Según se expresó, estaba yo enfermo de una cosa que denominaba hipocondria.

La hipocondria no es tan imaginaria como se cree. De la hipocondria á la hepatitis, hay corta distancia y en las enfermedades, como en la mayor parte de las cosas de la vida, lo difícil es el principio. Cuando el doctor me habló con cierta suficiencia, como que él sólo se entendía, de los hipocondrios, yo me le puse serio. Insistió aumentando el tono magis-

tral de su voz y mi aspecto grave aumentó también. La consulta tomaba un camino escabroso, y la conversación hubiera degenerado en plática enojosa, si él, con el tacto acomodaticio que á veces los distingue, no hubiese transigido recetándome un leve destierro: en otros términos, un poco de la vida de pueblo.

La vida en los pueblos es monótona y cansada, pero en cambio, es tranquila. Se vive poco con la vida social, pero mucho con la vida contemplativa, con la ociosidad indolente, con esa languidez voluptuosa á la que los tonos llaman pereza. Pintóla Virgilio con maravillosísimo pincel. Censuróla Cervantes, con inmortal maestría. Una fruición dulce embargóme el cerebro, recordando las Eglogas y la imaginación, delineó con lujo de colorido, aquellas charlas con el barbero y con el boticario del pueblo. Las castañas asadas al tiburisco, no se que trozos de leña chispeando en la chimenea, creaciones fantásticas en trevistas en el humo, el agua sollozando contra los cristales de las ventanas, viejos sillones en que adormecerse, vastas piezas solitarias y tristes, el hogar como un nido, unos cuantos libros y la tranquilidad, la calma, el silencio y el reposo: todo eso pasó ante mi vista, deslumbrándome con una de esas visiones que á algunos parecen, como el pálido reflejo de una imaginación enfermiza.

Tlalpam está situado á inmediaciones del Ajusco. Cuando éste cerro cubre su cúspide de nieve, el viento helado que baja de la montaña vuelve su temperamento frio. En la temporada veraniega, es como el temperamento de Taxco, tibio é igual. Las vegas que rodean á la población, están regadas por el agua que baja de los ramales de la Sierra Madre, y por algunas vertientes inmediatas. Los paisajes son accidentados y pintorescos y cambian su aspecto constantemente, según la posición que ocupa el observador. Largas calzadas de álamos, sauces, fresnos y eucaliptus, estiéndense hasta perderse de vista por la llanura, dividiendo las sementeras, que por su naturaleza cambian el tono del color verde pálido al verde oscuro y profundo. La opulencia de las tintas es variada. El agua límpida, corre como arroyos de diamantes y quiebra sus cristales entre aquellos mantos de esmeraldas, haciendo con la luz y con los rayos dorados de nuestro sol tropical, un juego en el que el iris multiplica la magnificencia del colorido. El aire puro, impregnado de fuertes aromas, la atmósfera trasparente, el sol brillante destacándose como un vívido rubí, sobre un cielo azul marino y sereno, algunos *cirrus* delicados como el encaje de Inglaterra, copiando en sus contornos el caserío y alguna águila que se desprende magestuosamente de

los picachos de la montaña, para perderse entre aquellas nubes que esmaltan la serenidad de los cielos, forman el fondo del cuadro.

La ciudad está compuesta de largas calles trazadas á borden y formadas por casas bajas y entresoladas. Casi todas las de las manzanas centrales, encierran hermosos jardines, y las de los suburbios, solares cultivados por los indígenas, restos de aquella valiente raza azteca, que no ha perdido su vigor, por que aún conserva la pureza de su sangre. Entre los maizales y los alfalfares, se ven los duraznos y los castaños cargados de frutos, enrojecidos y dorados por el polvo de granate que en cascadas de abrillantada luz les manda el sol. Crece en el empedrado de las calles la yerba y sobre las cercas de adobe, se ven algunas plantas floreciendo. Los agaves, prolongan las cercas y forman como inmensos tableros de ajedrez, sobre la página verde de la llanura. Algunos árboles imitan enormes ramilletes, y á lo lejos, se ven ondular bosques de pinos, sobre el manto accidentado de las montañas.

La plaza está cubierta por árboles frondosos á cuya sombra viven canastillos de flores. Los floripondios, los heliotropos, los geranios y las rosas, compiten en prodigalidad de perfumes. La savia cruge bajo las hojas estremece-

das. Los tallos tiemblan á impulsos de la electricidad. El calor se convierte en movimiento. Rumores que no se describen, se trasforman en ritmos que os acarician los oídos. Cada árbol imita un ramo, y de su seno sombrío y movable, se desprenden conciertos formados por los pájaros. El número de flores rivaliza con el número de nidos. Las alas se agitan conmovidas y acarician amorosamente á las ramas. La brisa parece una voz que canta, un arpegio, que suspira, una melodía, que se queja. El verbo existe en toda la naturaleza y aquella fiesta de lujuriosa vegetación, posee un canto que guarda la córola y que copia el ave. Por la noche aquella selva de flores se enciende por innúmeras luciérnagas, que copian en su brillo fosfórico el pálido fulgor de las constelaciones lejanas.

Cuando la luna navegando aparentemente por entre esas constelaciones, acaricia con sus melancólicos rayos las copas frondosas de los árboles, á los rumores dulces, vagos, indistintos de la naturaleza, se mezclan voces alegres de graciosas jóvenes, que juegan entre aquellos canastillos, en los que palpitan las fuerzas trasformándose en aromas. La luz lunar comunica á las hojas un brillo plateado. Faldas vaporosas de géneros blancos se ven cruzar, aparecer y desaparecer entre los troncos añosos y los arbustos pequeños. Todo está en flor,

desde el musgo que cubre en parte la tierra que fermenta, hasta las parásitas que cuelgan de los brazos de los árboles, columpiándose graciosamente. Juegos casi infantiles, llenos de esa inocencia encantadora que tiene en ciertas mujeres la juventud, preocupa aquellos cerebros, en que hierven las ideas conmovidas por el hálito mudo pero elocuente de la Primavera. Se oyen las voces frescas, voluptuosas, risueñas, como los besos que en los nidos prodíganse las aves. Becquer pensó alguna vez copiar la imagen fantástica que un rayo de luna dibujaba entre las alamedas de Toledo, bajo las formas de una mujer. El inmortal autor de Fausto habla alguna ocasión de un sueño semejante. Cuentan que las bayaderas en la India, aparecen así, cubiertas con vaporosas telas y como jugando con los rayos lunares. A lo lejos, las ventanas de las casas aparecen brillando y destacándose con lujo luminoso sobre el azul pálido y levemente plateado que toma la atmósfera. El contraste de luces forma artístico estudio. El campanario se lanza atrevidamente sobre los cielos, y el toque de las horas, turba tan solo esa quietud y esa apacible dulzura que tiene la noche, en la soledad de una meditación ó cuando en ella se contempla, uno de esos cuadros en los cuales cambia sus matices con opulencia de sombras para suplir con ellas la falta de colores. La tie-

rra desprende cálido vapor, cruge la savia, muévense los tallos, acaricianse las hojas, emudecen los nidos, agítanse muellemente las copas de los árboles, chispea la vida sobre la hierba y sobre los cielos, y del conjunto desprendese gigantesco y alado ritmo, que como inmensa queja ó como glorioso cántico, se desprende y se eleva, dulce y poéticamente de todas las cosas y de todos los séres. En ciertas noches, la naturaleza es como inmensa estrofa. No sé qué melodías cruzan la atmósfera recogiendo en sus alas aéreas, todos los rumores para trasformarlos en eternos himnos. Aquellas voces alegres y juveniles parece como que dejan sus notas más puras y más delicadas entre aquella fiesta de luces y de flores. Así como los perfumes quedan errantes, después que se han desprendido de los cálices que los encerraban, así también sonidos dulces y acariciadores, quedan como flotando vagarosos y ténues por entre el murmullo de la vegetación creciente. Cada átomo de pólen parece desprender un Silfo, como cada movimiento de los múltiples rayos en que se descompone la luz lunar, al romperse por entre las hojas, imita creaciones fantásticas visibles tan sólo á la mente exaltada por el delirio. La fiebre su-ple á veces el color, origina y produce la creación. El paisaje toma tonos más dulces que los producidos por la claridad del día. La Na-

turalza estremécese temblando con voluptuosidad al desplegar sus espléndores y mientras la córola descompone la luz del astro, el eterno y misterioso himeneo de la materia y de la fuerza, brilla desde las plantas microscópicas, hasta los turbiones cósmicos que como huracanes de estrellas, vuelan por las profundidades azules de la extensión.

III

Comencé á vivir con la vida monótona que se acostumbra en los pueblos. Levantábame temprano, almorzaba frugalmente, cultivaba un pequeño sembrado, hacía algún ejercicio, hojeaba algunos libros, deleitábame leyendo el Quijote y después de hacerlo, fastidiábame la mayor parte del tiempo. A veces, salía de casa, y visitaba los alrededores, pues quería distraerme con la contemplación de los paisajes: veía el ganado pastando, los labradores recorriendo las sementeras, la transparencia de los horizontes, las nubes cambiando de formas, y volvía á casa arrepentido de la expedición y con ánimo de no renovarla. Cuando recibía periódicos diarios de la capital, aumentaba

el hastío con su lectura. Tan frugal como el almuerzo era la comida. En seguida continuaba las lecturas y al toque de queda, aún se acostumbraba, refugiábame al lecho, buscando el reposo, para proseguir en los días subsiguientes, idéntica vida.

El criado que funcionaba como ayuda de cámara y hortelano, sirvió de conductor para que me fuese presentado el juez, y la criada que me asistía, para la presentación del boticario. Entre ambos me presentaron al cura y aquí me tienen ustedes, que por las noches, pude ver realizadas ciertas escenas del Quijote y así reunido con mis comensales, jugar á la malilla.

¡Qué dulces pláticas sobre la vida del campo! ¡Qué comentarios á la política del país! ¡Qué discusiones aquellas, sobre las noticias exageradas por los periódicos! Conversaciones salpicadas con los bostezos y los latines del cura, los chismes del juez y las anécdotas del boticario. Con sólo un capitán de la guarnición, el jefe político y el barbero, la reunión se hubiera convertido en club y puestóse á la moda, por supuesto, en el pueblo.

Solamente faltaba la chimenea, el humo y las castañas asándose al amor y ¡qué amor, el amor de la lumbre! Entonces y con la imaginación de Hoffman ó Dickens, el cuadro hubiera sido completo.

Poco á poco, fueron conociéndome los veci-

nos del pueblo. En las ciudades cortas se adquieren fácilmente relaciones. El tendero á quien se le compran las semillas y una que otra vez una botella de vino, el gendarme de la esquina, que os vé pasar diariamente y la mujer que os vende los tabacos, se encargan de vuestra popularidad. Encuétranse pocos transeuntes por la calle, pero los que os encuentran os saludan. La cosa se hace sin pensar, naturalmente, sin que sea necesaria una presentación oficial. Todo semblante extraño llama la atención.—Es nuevo en el pueblo, dicen. ¿Quién es? preguntan. ¿Cómo se llama? ¿A qué ha venido? ¿Qué vientos le traen por esta tierra?—Y los vecinos se euchichean y durante una semana, os convertís en un acontecimiento y á la siguiente, ya sois persona conocida y se os ha hecho una reputación.

Giran las conversaciones sobre las siembras, la escarcha, el calor, el frío, los regadíos, el temporal, el arrendamiento de los terrenos y á veces, como no hay motivo para formarlos, hasta sobre la reposición de un techo ó la construcción de una cerca. Naturalmente, una reputación se forma pronto.

A los quince días de radicación, todo el pueblo me conocía sin que yo conociese á nadie, más, que á las personas antes dichas; y á las tres noches de malilla, el tema de nuestras pláticas se había agotado.

Las malillas silenciosas cansan de un modo inconcebible. Viendo que aquel silencio fatigoso, acabaría pronto con nuestro principio de club, traté de darle una amplitud mayor. Para esto, era necesario inquirir quiénes eran las personas que en la ciudad fuesen dignas de aquel honor, (mi amor propio considerábalo así), y esto prestaba nuevos asuntos á la conversación.

—¿Qué hay notable en el pueblo? les interrogué una noche entre una y otra malilla.

—Notable? contestó el cura, casi con asombro. Notable es todo, el templo, el juzgado y la botica.

—Notable? agregó el juez, la vida que se disfruta, la tranquilidad pública, la honradez de los vecinos, la hacienda más inmediata, una fábrica próxima, los jardines y las huertas, en una palabra, hay tantas cosas!

—Notable! dijo á su turno el boticario, notable, es decir, extraño, yo sólo conozco una cosa, mejor dicho: no es una cosa, es una especie de hombre.

—Un hombre notable! suspiré con la satisfacción de un hombre gastrónomo que saborea una trufa. Pues el asunto promete, doctor. (Este título agrada á los boticarios,) dije dirigiéndome al curandero y restregándome las manos con júbilo. Cuento vd. y va de charla.

—Olvidábaseme, antes de proseguir, dar una

idea del local. Todos, supongo conocen una sala pobre de pueblo, esto es, una pieza grande llena de telarañas en los rincones, con las vigas del techo ennegrecidas por la vejez, los alacranes imitando el chirrido de las visagras de las ventanas, las mariposas revoloteando en derredor del velón, las sombras luchando con su mortecina luz, el piso cubierto con estereras, las paredes encaladas, un ajuar destripado por el uso y en el centro de la sala, una mesa de pino, como aquella de la que habla Espronceda, sobre de la cual se verificaban nuestros duelos á la malilla, fumando algunos cigarrillos y tomando pequeños sorbos de vino mescal. En el exterior, el lejano ladrar de los perros, las campanas marcando la sucesión eterna de las horas y el canto de los grillos ó de las ranas, interrumpiendo el silencio solemne y magestuoso de la noche.

IV

¿Creen vdes. en las maravillas que puede producir una palabra fácil, rápida, elocuente, vibrante, apasionada? Creen en que la palabra pueda delinear, dibujar y pintar, con la pu-

reza, tono y colorido, que roba de los misterios de la inspiración? ¿Creen en que los arranques de las pasiones, pueden trasmitirse á los vocablos, para que la frase se anime y las ideas vivan y brillen con inmortal llama, encerradas en irreprochable, correcta y purísima forma? Pues ese misterio, secreto en el que se encierra la divinidad del verbo, ese arte por medio del cual la palabra crea, esa ciencia por la que se impone la estética al espíritu, arrebatándole, ennobleciéndole y elevándole, se desbordó de los labios de aquel hombre en conceptos sencillos, en diálogo ligero, en natural inspiración, que hoy la memoria y el cerebro, tratan en vano de reproducir.

La palabra brotaba fluida, armoniosa, elegante, multiplicando las frases, produciendo las ideas, dibujando las imágenes y esto careciendo de afectación, con la mayor naturalidad, sin que se apercibiese de que al hablar, comunicaba la vida, el calor y la fuerza fecunda y creadora, al lenguaje vigoroso y flexible en su expresión.

Las ideas son de quien las produce y no hago más que transcribir. Si es grande pensar, es más grande aún, encerrar y doblégár el pensamiento bajo la palabra rebelde y mezuquina, amoldar las ideas á las frases, sujetar al espíritu, obligándole á que se exprese y crear el verbo por el imperio y el absolutó do-

minio de la voluntad. «El estilo es el hombre,» ha dicho alguien. Eso no es decir nada. El estilo es el alma. El estilo es la esencia del espíritu. Los pensamientos inundados de colorido. Las sensaciones comunicadas al lenguaje. Las pasiones trasformándose en ideas. La naturaleza, no copiada, sino doblegada por el arte. Es el mármol obedeciendo por medio del cincel á Miguel Angel. Es el bronce en las manos de Cellini, cobrando la suavidad de la forma, bajo las electricidades de la pasión. La rima brotando en inagotables armonías del corazón de Byron. La belleza del ideal revelada por Milo. El enigma en las parábolas de Cristo. La consición eterna en Zoroastro. El verbo, pero el verbo generando mundos y soles en los infinitos de los cielos.

En aquella vez el estilo era la narración sencilla de uno de los acontecimientos más vulgares en la sociedad. Una face de una vida. —Algunas noches, á esa hora en que las campanas dan el melancólico toque de ánimas, plegaria en la que se hace un triste recuerdo á los que ya partieron, eco en el cual la onda de la vida, vuela por la onda aérea, trasformando en sonidos una idea, llamamiento dulce al corazón de los seres que aún aman, se ve salir de una de las casas de la población y recorrer sus calles, á un hombre, á un ser extravagante, que nunca habla, que marcha siempre sólo,

con pasos lentos, que busca los lugares más solitarios, y que revela, en unos ojos ya casi sin mirada, algo semejante á la imbecilidad ó al idiotismo.

Si le saludais os contesta friamente. Si le dirigis la palabra, manifiesta no comprenderos. Prosigue su camino con una indiferencia que insulta. Si le seguis observándole, lo vereis salir á los suburbios de la población y contemplar durante algunos minutos los horizontes. Existe algo en él del sonámbulo. Su aspecto repugna, su trage es pobre, su andar vacilante. Su ropa oscura se ve raída, el calzado y el sombrero indican el abandono; el conjunto la miseria. El semblante está pálido, ajado, macilento, la barba desordenada y sucia, el pelo largo y los ojos vidriados y como muertos. Sus pupilas, como las del buho, carecen de brillo. La poca mirada que aún conserva, es lúgubre.

Además aun queda en él algo que inspira lástima, es joven.

Hay en la juventud no sé qué fuerza magnética que se os comunica sin conciencia del espíritu. La juventud por si sola es un canto. La vacilación puede ser producida por el exceso de fuerza. La primavera es la ebriedad de la Naturaleza y la juventud es la floescencia del espíritu. La miseria no está en relación con la inteligencia. Existen palideces que se producen por la concentración del pensamiento. En

cuanto á la mirada, cuando la ceniza se remueve se la suele encontrar fuego. El ópalo á la vista produce á veces llamas. Hay ojos que parecen yertos y que sin embargo, se encienden por los destellos de no sé qué reflejo interior. Las pasiones brillan en el firmamento del alma, como vívidos relámpagos. ¿Qué distingue las pupilas de un cadáver y las del iluminado? En el primer caso, no existe ya el fulgor de la vida y en el segundo, se ven casi cruzar por los ojos, las figuras y los pensamientos. Existen falsos brillos en el mirar como existen fuegos fátuos en los pantanos. No siempre lo elocuente de una mirada, puede provenir de la inteligencia. La ira, como el deseo, trasfórmase en luz.

Cuando advierte que le siguen, su mirada adquiere una fijeza en la que se revela el extravío. Sus pupilas toman entonces algo de la fosforescencia de la raza felina y parecen copiar, no la mirada ardiente y altiva del león, sino la irritada y recelosa del gato. Así miran ciertos reptiles que viven en la sombra.

V

Ese hombre tiene algo de raro, de misterioso, de fatal. Huir del día, alejarse de la sociedad, evitar el trato de la gente, no contestar cuando se le interroga, condenarse al silencio, al aislamiento, á la soledad completa. ¿No les parece á vdes. que esto ya pasa de extravagancia?

Lo único que se sabe en el pueblo, de su vida, es que cultiva algunas plantas medicinales, que estudia la alquimia y que sabe preparar diversas drogas, para diferentes usos. Su pasado desaparece en el misterio. No recibe á nadie. Sus modales bruscos huyen de la confianza. Ciertos séres parecen haber usado su derecho á la vida. Lo rechazan todo, si viven, es como un fenómeno intuitivamente animal. Gastadas sus pasiones, el alma, crisálida divina, se mantiene en su cárcel de carne, por uno de esos maravillosos equilibrios que el menor acontecimiento suele romper.

Un sér así, no es útil á nadie, no produce ningún bien, no da su contingente á la vida social. Todo sér se debe á sus semejantes, y hasta sus ideas no deben pertenecerle sino es debiendo pertenecer también á los demás.

Cuando un miembro del cuerpo se enferma, se le cura ó amputa. Cuando un sér odia á la sociedad, se le corrige, se le castiga, se le educa. Las cárceles se han hecho para los criminales, y los manicomios se sostienen para los dementes. Con objeto de abrigar á séres semejantes, se han creado los hospitales por el Estado. ¿Debemos en esos casos comenzar enseñando sus deberes á la autoridad?

—Pero, ¿cuál es la falta ó el crimen que produce ese hombre? interrumpió el juez. ¿Cultivar plantas? ¿Cuál es el oficio del horticultor? ¿Estudiar alquimia? ¿Qué hace la Química? ¿Preparar drogas? ¿Qué otra cosa hace usted? ¿Es un delito amar á la naturaleza, estudiar sus misterios y utilizarlos en bien propio?

—A eso voy, replicó el boticario. He dicho solamente cómo se le encuentra y cómo vive. He inquirido parte de su pasado, y con permiso de ustedes continúo.

Cuando en el camino de la vida se tropieza con séres tan extraños, preguntase uno involuntariamente: ¿Qué tempestades habrán agitado los mares de esa existencia? ¿Qué sacudimientos nerviosos habrán conmovido ese cerebro? ¡Cuántos dolores reprimidos, deseos sofocados y aspiraciones no satisfechas, se necesitarán para producir el más sencillo de los efectos en la expresión de una fisonomía! Una mirada en que se ve el delirio. ¡Cuántas veces

creemos que expresa el deleite supremo, el goce íntimo, la voluptuosidad intensa, y nos engaña y nos engañamos á nosotros mismos, y aquella mirada en que parece escaparse el fluido del placer, no hace más que copiar uno de esos relámpagos engendrados por un sufrimiento inaudito en el alma!

Esa lágrima que á veces se forma en la pupila de un cadáver, esa lágrima que parece como la despedida y el adios último á la existencia, esa lágrima que es el postrer tributo á este valle de miserias, podrá ser causada por la suma de todas las voluptuosidades, así como por el más intenso de los martirios, el arrancamiento al cuerpo del espíritu.

Hay veces en que basta una sola frase para revelar á un genio. Así también existen miradas en que basta un sólo segundo para descubrir en ellas el dolor, la tortura, el sufrimiento llevado hasta el extremo que puede producir la demencia. Sorprender ese instante para copiarlo, robando á la Naturaleza, es la gloria del artista. Penetrar sus misterios debe ser el esfuerzo del pensador.

Dibujar y pintar es fácil, pero copiar la vida en el paisaje y la expresión de una fisonomía, es lo difícil. El arte es el movimiento. El arte es la intención. Los grandes cuadros son los cuadros sencillos. Todos los poetas bíblicos no han hecho otra cosa más que copiar á la Natu-

raleza. Jeremías es el sollozo de la humanidad, el grito en que se concentran los sufrimientos humanos, la queja arrancada al corazón por la agonía suprema. Ezequiel es la palabra hirviendo por la ira. David, la melodía incomparable, y Salomón la voluptuosidad única. Esos poetas los ha formado el dolor. Su elocuencia tempestuosa repercute sus ecos al través de los siglos. El pueblo, ese niño titán que desbarata y destruye y crea todo con su aliento de fuego, les ha sacado de su seno, escogiéndoles entre los últimos de sus hijos, para darles su acento, para dotarles con su voz poderosa, con su palabra terrible y solemne y hablar por su boca, como habla el rayo en la voz salvaje del huracán.

La miseria, esa hidra social, exalta las pasiones y crea nuevas facultades en el hombre. El pueblo es un sér. Es una entidad como el océano. Las revoluciones son sus espumas. Cuando se agita y el bramir de sus pasiones se escucha, siempre encuentra un hombre en quién personificarse. Los grandes oradores toman el alma de las multitudes. Demóstenes y Dantón, entre otros, son la sublime personificación del pueblo. Ciertos hombres imprimen el sello de su génio sobre la frente de su siglo. Ciertas invenciones dan nombre á una centuria. No necesitamos acudir á las citas. Cuando no los hombres, los acontecimientos vienen á reem-

plazarlos. El siglo presente será el siglo de la revolución social.

La imaginación es una fuerza. Cuando se imagina se piensa, y cuando se piensa se crea. La imaginación dibuja, detalla, precisa, colorea, y al delinear, crea. Dejar de pensar es dejar de vivir. El exceso de imaginación trae el delirio, éste produce el vértigo y el vértigo genera el éxtasis. Cuando se imagina mucho, se vive poco con la vida real. Llenar la vida con el pensamiento, es dilatar y hacer crecer las facultades del espíritu. El hombre ha nacido para pensar. Imaginar es dar forma á los pensamientos. La memoria ayuda á la imaginación y el espíritu se concentra sobre sí mismo, unas veces y otras se dilata; como resultado de esos actos, una serie de paisajes, de escenas y de sensaciones, se suceden sin interrupción poblado el cerebro de creaciones más ó menos fantásticas y más ó menos ricas, vigorosas y variadas en belleza de forma, en viveza de colorido y en pureza, corrección y naturalidad. Imaginar no es recordar. Puede muy bien ima-